

Entrevista a José Rilla

Santiago Delgado

Una pregunta casi obligada en este ciclo de entrevistas: ¿cuáles fueron sus primeros contactos con la Historia y qué lo llevó a estudiar profesorado en el Instituto de Profesores Artigas (IPA)?

Nunca me resultó fácil reconstruir biográficamente mi relación con la historia, a veces creo, después de medio siglo casi, que no he terminado de encontrarme con ella de un modo que pueda parecerme objetivo, y mucho menos digno de ser narrado con algún viso de ejemplaridad en el modesto sentido de la palabra. Supongo que, como le pasa a mucha gente, se trató de una secuencia de acontecimientos intelectuales, emocionales, familiares, y con una forma de experimentar la comprensión de un momento dramático del Uruguay a partir de la reflexión del pasado en el presente. Pero nada estaba atado de esta forma que lo digo ahora, era más confuso, torrencial, errático, mezclado con las perturbaciones de la primera juventud. Creo recordar bien a algunos profesores que contaban bien la historia, algunos libros bien escritos y con bellos dibujos e imágenes (los libros de [Óscar] Secco Ellauri estaban formidablemente armados según el modelo francés de Malet e Isaac (1922) que tenían los mejores dibujos naturalistas con los que un joven liceal pudiera verse seducido en su imaginación del pasado. Mi primera edición, que estaba en casa, de *El Quijote* era la ilustrada por Gustav Doré¹). Yo no recuerdo bien los detalles pero sí tengo presente que hacia mis 15 años empecé a tener un interés desbordante y caótico por la historia y por la política, en absoluto sustraída de la coyuntura (año 1970, 1971...) y muy derivado de un entorno familiar estimulante más allá del caos que pudiera significar tener una familia de ocho hermanos. Los más grandes iban seguros a la música y a la medicina, yo empezaba a verme como profesor para disgusto de mi madre que me pronosticaba una vida indigente y con la complicidad de mi padre que me regalaba un poco a escondidas algunos libros de historia.

En casa había una enorme biblioteca especialmente dedicada al arte y a la literatura universales, no tanto a la historia. Tengo buenos recuerdos de algunos libros y lecturas que me marcaron mucho, que estaban allí o me venían de regalo: el impacto literario que causó en mí Alberto Zum Felde (1930), con los dos *Procesos* —histórico y literario—, el modo entretenido y mordaz de la *Historia de los Orientales* contada por [Carlos] Machado (1972)... Abandoné todo eso, con los años, pero más allá de su simplicidad y esquematismo creo que me quedó grabada a fuego la idea de que la historia debe estar bien escrita y debe ser una narración. Ya en preparatorios, con profesores como Alfredo Liquornik en el viejo Liceo n.º 8 para la época clásica, o como Enrique Mena Segarra en el Rodó viejo también, en la medieval y moderna me fui acercando de un modo

1 Gustave Doré, ilustrador francés. En 1863 la librería L. Hachette le encargó una serie de grabados que acompañaron sus ediciones de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*.

más serio. Luego, autores como [Johan] Huizinga (1930) en *El otoño de la Edad Media* me dieron vuelta la cabeza definitivamente, me mostraron las cosas que se pueden hacer con el pasado.

Pero la pregunta hay que responderla completa: bien pude quedarme en la historia como una disciplina de lectura y escritura, por el enorme esfuerzo que supone alcanzar esas competencias y porque terminaba poniéndolo a uno en las puertas de la investigación, de la creación de conocimiento. Sin embargo, eso se mezclaba con una vocación por la docencia, por la comunicación directa de saberes y experiencias en el marco del aula. Creo que el buen docente es un poco histrión y narcisista, si no es imposible soportarlo, pero tenía, creo que teníamos, una desmesurada confianza en la educación, cosa que fui perdiendo con los años sin perjuicio de mantener intacto el entusiasmo inquietante con el que todavía doy una clase. Aquí debo mencionar a quien he llamado alguna vez «mi primer maestro», José de Torres Wilson; con él preparé el examen de ingreso al IPA (una demencia de requerimientos), y con él confirmé la inspiración docente: el Lungo era un prodigio de la comunicación, de la claridad, del humor, tenía una cultura refinada, no ostentosa, y era un alma buena, de las que te preguntan en serio «¿cómo estás?». Ya estábamos entonces en los tiempos más oscuros del país en los que buscábamos a los mayores con quien estudiar y conversar, aun a riesgo de ir todos presos.

Los primeros años del IPA son también, para mí, los de la docencia en el aula. Nunca hasta ahora dejé de dar clase, desde mayo de 1975. Yo empecé a trabajar en un colegio de Punta de Rieles y mis alumnos tenían apenas tres años menos que yo, si lo tomabas en serio te venía un pánico escénico y no hacías otra cosa que leer y pensar en cómo explicarlo. Pero en el IPA todavía quedaban restos de una pasada opulencia académica que más tarde relativicé un poco: allí estaba [Washington] Reyes Abadie, que cuando tenía ganas de dar clase era magistral y estimulante, capaz de organizar un mapa de ideas matrices que te orientaba muy bien hacia las lecturas; Carlos Real de Azúa estaba en la sección Literatura pero había formado el tribunal de mi examen de ingreso; poco después lo echaron y se murió tristemente en el Sanatorio Español. Su figura era espectral y elegante (yo había visto a Secco Ellauri en el liceo Rodó que usaba traje Príncipe de Gales como Real, y a [Guillermo] Vázquez Franco siempre de impecable camisa blanca con medias también blancas, Enrique Mena usaba un pilot para la lluvia y... ¡galochas! Se pasaba media hora reconstruyendo genealogías sobre la base de la lista de asistentes).

Pero en Historia daban sus clases todavía Rogelio Brito, [Juan] Pivel Devoto, Armando Pirotto, Carlos Zubillaga, cada uno en su campo y con enorme erudición... Si no te tocaban por el turno asignado podías ir a oírlos. Con los años el IPA se fue llenando de docentes mediocres y había que hacer un enorme esfuerzo para soportarlos. Tuve una gran profesora de práctica, Irma Larrainci, que sacaba lo mejor de mí y me enseñó a procurar eso de mis alumnos.

Creo que nunca dejé de pensar en la historia por afuera de la narración hablada y escrita. Esto es así en términos epistemológicos y también vitales y profesionales, me ha costado mucho pensar la historia con independencia de la posibilidad de contarla en el marco de una conversación, de un aula, frente a un auditorio.

Pertenece a una generación de investigadores que se formó en centros privados de investigación y a través de cursos particulares dictados por profesores proscritos por la dictadura. ¿Qué rescata de dichas experiencias y cómo influyeron en su formación como investigador en Historia? ¿Podría mencionar algún profesor o autor que lo haya marcado en esa época? ¿Por qué se dedicó en sus primeros trabajos a las discusiones sobre la política impositiva durante el batllismo?

A veces creo que mi idea un poco herética para el Uruguay, así me lo hacen sentir muchos, de que la educación es un asunto privado, de la gente y no del Estado cualquiera sea él, se me forjó en aquellos años en los que el Estado acorralaba a la gente. Los que habiendo recibido una formación deficiente éramos conscientes de esa carencia, los que transitamos aquellos años creyendo la versión de que lo mejor de la vida académica y docente estaba en el pasado reciente, previo a la dictadura, teníamos que hacer algo para compensar nuestra

formación si queríamos seguir adelante en la vida con un mínimo de responsabilidad y decoro intelectual. Germán D'Elía, José Pedro Barrán, Benjamín Nahum, como se sabe, daban sus clases semanales a un grupo no pequeño de personas que andábamos como fantasmas buscando orientación y estímulo. Yo ya tenía entonces un interés especial por la historia universal contemporánea, si bien tenía claro que los pasos en la investigación habrían de darse con la historia del Uruguay. Durante tres años, todos los lunes de 19 a 22, un grupo de 15 personas más o menos íbamos al apartamento de Nahum en Mercedes y Andes, a tomar un curso de historia contemporánea. Pocas experiencias de formación me marcaron tanto: lectura voraz, discusión y diálogo, respeto a las personas. Yo debo mucho a Benjamín, con quien trabajé mucho más tarde en la Facultad de Economía más de veinte años y armamos la cátedra mejor evaluada por los estudiantes. Le debo mucho porque me estimuló a prepararme para enseñar en los niveles superiores (en magisterio, en el IPA, en la universidad), me leyó cuanto escribí con exigencia y generosidad, respetó mis ideas y enfoques y porque me ayudó a construir un mapa de conceptos y procesos de la historia contemporánea que más allá de sacudones históricos e historiográficos, sigue siendo la matriz desde la que leo, aprendo, enseño y escribo. Eso es mucho y más de lo que hubiera podido aprender en condiciones normales, fue «una treta de los débiles» que salió bien. Nunca voy a mirar aquellos años con melancolía, por supuesto, salvo por lo que tenían de extraña iluminación en tiempos tan oscuros.

Mi vínculo con el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH) es más o menos contemporáneo a aquella situación y lo mantuve sin pausa por casi cuarenta años. El CLAEH era el más antiguo de aquellos, debía su primer nacimiento al impulso de la *economía humana* en el que se había prodigado el padre Lebrecht desde fines de los años cuarenta y que había encontrado, a mediados de los setenta, a un grupo de animadores formidables y valientes que hicieron una contribución seria a las ciencias sociales y al pensamiento democrático del Uruguay. Yo me presenté al CLAEH con una temeridad juvenil de la que obviamente fui consciente más tarde: recuerdo que fuimos con [Francisco] Pancho Bustamante a visitar a Carlos Zubillaga para decirle «queremos trabajar acá, queremos aprender acá», algo así... Al poco tiempo me encontraba metido en un entorno de exigencia, diálogo y fraternidad, que funcionaba además como reserva de pluralismo y libertad. Juan Pablo Terra, Romeo Pérez, Carlos Pareja, Alicia Melgar, Walter Cancela, Horacio Martorelli, casi todos ellos eran la segunda generación que dio vida al CLAEH y que armó unos equipos de investigación que sin negar las fronteras disciplinarias de las ciencias sociales estaban obligados al diálogo y la discusión de sus métodos y paradigmas. Aquella reanimación del CLAEH en medio de la dictadura había sido una apuesta de la democracia cristiana uruguaya hasta que los vínculos formales se disolvieron. Pero tenía un propósito de calibre científico que conducía necesariamente a un estatuto propio; nunca fui de ese partido y nunca me preguntaron nada, trabajé con gente de muy variada perspectiva y el resultado de todo eso fue la construcción de una voz académica autónoma, seria, reconocible adentro y afuera de fronteras.

Para mí fueron años de una enorme fecundidad y trabajo, ocho a diez horas de lectura, escritura, discusión, de verdad fue muy difícil encontrarse con esas condiciones en las décadas posteriores, y fue entonces lógico esperar que antes de cumplir treinta años se nos exigiera publicar artículos y escribir libros. Por segunda vez me daba cuenta de la mala formación de base, de todo lo que no sabía como para estar en línea con Carlos Pareja y Romeo Pérez que fueron mis maestros más allá de la disciplina histórica y que influyeron mucho en mi manera de practicarla. Años más tarde me encargaron la dirección de *Cuadernos del CLAEH* y estuve a cargo de la edición de la revista el tiempo suficiente —o demasiado, tal vez— para darme cuenta de que la edición ha sido una de mis pasiones más maduras. Con ese capital de saberes, relaciones y prácticas ingresé a la Universidad de la República y por invitación generosa de Jorge Lanzaro me integré a la construcción del Instituto de Ciencia Política desde donde hoy me desempeño como profesor e investigador, reconocido como el historiador que pretendo ser.

Una de sus primeras líneas de investigación está relacionada con la historia política del Uruguay, que desarrolló junto a Gerardo Caetano y otros investigadores. Es evidente que la experiencia del CLAEH promovió el diálogo que realizaron entre la Historia y la Ciencia Política, pero ¿por qué estaban interesados en revisar preferentemente la historia de los sectores políticos posicionados ideológicamente a la izquierda? ¿Qué los llevó a pensarlo en la larga duración? ¿Qué cauces de la política uruguaya considera importantes que no hayan pasado por los partidos?

Con Gerardo Caetano me encontré en el CLAEH a fines de 1982, lo conocía de ámbitos parroquiales, del colegio y del fútbol, claro. Unos pocos años menor que yo, él se había empezado a formar allí en el oficio, en los seminarios de investigación que dictaba Carlos Zubillaga. Era deslumbrante por su inteligencia, su capacidad de trabajo, su enfática comunicatividad. Nuestro primer texto conjunto fue un acercamiento a Julio César Grauert escrito para *Hoy es Historia* en 1984 (había algo que me perturba todavía de aquel texto que trataba de hurgar en las «disidencias del tradicionalismo político» y no me cabe duda que aquel empeño tenía algo de teleológico) (Caetano y Rilla, 1984a). Desde entonces hasta 2004 más o menos, trabajamos juntos con Gerardo, aprendimos mucho, nos potenciamos y nos metimos en proyectos académicos ambiciosos y comprometedores, desde escribir una historia de la dictadura cuando esta recién terminaba (Caetano y Rilla, 1987), reconstruir la vida política del joven Carlos Quijano (Caetano y Rilla, 1986), estudiar a los partidos políticos (Pérez Antón, Caetano y Rilla, 1988; 1984b; 1995; 2003), las ideas de las izquierdas (Caetano, Gallardo y Rilla, 1995), hasta escribir una historia del Uruguay que presuntuosa y *halperinianamente* llamamos *contemporánea* (qué otra cosa podía ser, pienso hoy) (Caetano y Rilla, 1994; 2005). Un hilo enhebraba estas cuentas, ciertamente, el de la historia política, y junto con ella, para decirlo como [Pierre] Rosanvallon, el de la reconsideración de lo político en el pasado y el presente. Gerardo estaba trabajando en el mundo de los conservadores y el reformismo batllista, con enorme capacidad para aprovechar los archivos y hacer buenas preguntas, escribía con vértigo (Caetano, 1992-1993), yo estaba terminando una investigación sobre la política impositiva del batllismo que me había acercado al mundo de las finanzas públicas pero devuelto violentamente al de la política y lo político, al modo concreto en que política fiscal había influido tanto en el despliegue reformista como en el armado de la resistencia contra el batllismo (Rilla 1983; 1992). Me ocurrió lo que suele ocurrir cuando se investiga, más allá de cualquier planificación estricta: para analizar la fiscalidad desde el campo de la historia económica y social se necesitaba una formación técnica que yo no tenía ni me interesaba tener, a pesar de haber hecho un enorme esfuerzo por reconstruir las cuentas del Estado y los impuestos (hay un cuadro en aquel libro que me dio un enorme trabajo y que muchos pensaban que ya estaba hecho en algún lado). Lo que me atrapaba porque estaba cargado de significación era más bien el conflicto argumentativo, la discusión de la propiedad, de la distribución de las cargas, de la legitimidad del Estado, del peso que tienen los impuestos en los regímenes de producción de estabilidad política. No podía creer que en 1991 me dieran un premio con un jurado en el que estaba Lucía Sala...

En fin, éramos un equipo relativamente grande de gente estudiando el batllismo desde diversas perspectivas (estaban también las queridas Ana Frega, Mónica Maronna, Yvette Trochon y Jorge Balbis, que más tarde fue a estudiar a Lovaina). Carlos Zubillaga procuraba incluir todos los trabajos en un programa de investigación que tenía una pretensión crítica o revisionista, dicho esto último en el sentido literal. Es difícil hacer un balance de aquello, un balance historiográfico y político de aquel conjunto de trabajos muchas veces pioneros en algunos temas; sí cabe recordar que todos fueron relativamente contemporáneos de la segunda saga de Barrán y Nahum *Batlle, los estancieros y el Imperio británico*, que habían definido un universo interpretativo muy potente del que sería difícil sustraerse, aun para confrontarlo. Ahora que lo miro con distancia, y no aspiro a convencer a ningún contemporáneo de esto, creo que desarrollamos un sentido de lo político y de la política diferente, no teníamos necesidad de problematizar una relación con el marxismo porque no habíamos sido marxistas ni aún en un sentido vago o débil. La política era una arena específica, con densidad propia, no un derivado o un epifenómeno, era algo que debía ser explicado en sí mismo, tanto en el pasado como en el presente y sin perjuicio de los vínculos significativos con lo social y lo económico. Creo que esta

es la principal inflexión de nuestro trabajo (en palabras de Carlos Pareja, «la productividad esencial de la política»), derivada de diálogos entre la historia, la ciencia política, la filosofía política, diálogos a los que llegábamos desde trayectorias diferentes, diálogos nunca llevados a fondo por nuestra insuficiencia pero de una notable capacidad disruptiva. De allí, con Gerardo y con Romeo Pérez que es todavía para mí un referente intelectual, le dimos forma a la idea de la partidocracia uruguaya que lleva treinta años de recorrido, nunca apacibles, ciertamente.

Es muy curioso, digno de investigación supongo, que la hipótesis partidocrática haya funcionado durante tantos años en el sentido inverso al que fue pensada. ¿Algo salió mal? Fue pensada como reconstrucción crítica de la política uruguaya y cada tanto es discutida como reconstrucción complaciente, vinculada con ideas que no son del todo parientas o paralelas, como la hiperintegración y la amortiguación... Y no, son perpendiculares...

En los últimos años la investigación en Historia se ha vuelto una tarea bastante solitaria. En este sentido, buena parte de su primera producción la realizó en equipos y coautorías. Incluso se podría decir que fue una característica generacional de los historiadores formados en los centros privados de investigación. ¿Qué rescata de dicha experiencia?

El trabajo en equipo en condiciones paritarias no suma sino multiplica, eso es algo bastante evidente. Pero es arduo y va a contramano de la dimensión solitaria e intransferible de la investigación, o para decirlo mejor, del proceso perturbador que debe hacer cada persona que emprende tareas de investigación y que cae en zonas oscuras, de dudas irremediables, que no está dispuesta a sacrificar su estilo en beneficio de uno común y necesariamente promedial. Cuando trabajás en un equipo vas más rápido, acumulás más información, tenés la posibilidad de discutir en un primer círculo de elaboración, multiplicás los contactos y redes, todo lo cual es muy bueno para los resultados de la investigación. Pero el investigador está más limitado, no hace uso del derecho a la soledad que es un asunto muy importante en el momento de la escritura. Hay un modo más laxo, por supuesto, también muy rico, el de la mera sumatoria de esfuerzos que lentamente van acumulando capas de valor y sentido a una obra. Cuando junto a Gerardo trabajamos con Romeo sobre la partidocracia era muy importante darse la garantía de que cada disciplina se moviera con total libertad y a la vez con disposición dialógica; cuando trabajamos con Javier Gallardo sobre las izquierdas eso llegó a la laxitud total, cada uno hacía lo suyo y concurría a un objeto o asunto común y poliédrico. En fin, sin ánimo prescriptivo diría que vale la pena trabajar en equipo en sus diferentes modalidades y que es imprescindible el trabajo en solitario. Una vida académica da para todo eso y más. Agregó a esta reflexión otra que circula en un sentido transversal y que recoge mi experiencia como la de muchos: las personas aisladas no investigan, lo hacen las instituciones en tanto conjunto de personas asociadas a principios, reglas e incentivos; y lo hacen en red, cada vez más en red y cada vez más global.

Otra preocupación común de esos años fue el problema de la violencia política, reflejada en el libro sobre la dictadura uruguaya en coautoría con Caetano, y recientemente en algunos artículos suyos donde analiza el fenómeno y su abordaje historiográfico. ¿Qué tanto influyó en la elección del problema haber vivido el quiebre institucional y bajo un régimen dictatorial? ¿Hasta dónde es posible que los Estados y partidos políticos construyan una memoria crítica sobre el uso de la violencia?

Lo primero es la extrañeza, eso que aprendí de Paul Ricoeur para hacer historia. Solo desde cierta extrañeza del pasado es que podemos hacer de él un objeto estudiable. Quienes vivimos en la democracia recuperada luego de 1985, aun con todas sus restricciones, quienes naturalizamos ciertas pautas de convivencia y conflicto, con su lisura y antiheroísmo, apreciamos los sesenta y los setenta con algo de asombro por lo lejano, lo extraño: ¿cómo fue posible aquel nivel de violencia política? O planteado por la vía de la exageración, ¿podría soportar Uruguay hoy unas jornadas como las de 1972, con tantos muertos? Hablo de la violencia política

en la calle, no de la perpetrada en secuestros, torturas, desapariciones forzadas cuya entidad pública fue algo más tardía. En esa pregunta que habla de la distancia está el origen de una preocupación historiográfica. En el caso de la historia de la dictadura, la *Breve historia*, había un componente casi en el sentido inverso, la necesidad de encontrarse con una narración de lo que acababa de ocurrir, con los componentes clásicos de la narración: secuencia, relato explicativo, actores, escenarios, conflictos (las metáforas teatrales nos atraían mucho entonces). No puedo explicar por qué razones sigue siendo un librito clásico, con todo lo que progresó la historiografía del llamado pasado reciente.

Más recientemente volví a trabajar sobre la violencia política como pieza clave para la reconstrucción histórica, o problemática del tema de la responsabilidad (Rilla, 2015). Muchos colegas que tienden a observar los procesos en el marco esclarecedor de la Guerra Fría dicen que es un efecto y no una causa, que la explica el contexto y que no es la explicación o la causa de nada, pero no me convence. *No matarás* esa una prescripción compleja pero muy profunda. En cualquier caso, la cuestión histórica es cuándo y cómo una sociedad (o una parte de ella) abandona los caminos de la persuasión y la deliberación en beneficio la fuerza hasta llegar al crimen, y cómo eso es de algún modo naturalizado por el resto como una fatalidad, o —peor— una necesidad histórica. Me parece que no hay memoria crítica posible sin responder serenamente a esa pregunta. Uso con cuidado la palabra memoria, que ha sido vapuleada desde muchas perspectivas y en este tema ha jugado un rol poco esclarecedor. Eso no es sorprendente, es la secuencia del posfascismo, del poscomunismo, de cualquier posdictadura donde la historia demora mucho tiempo en erigirse con sus reglas frente la memoria, en el mejor sentido que ello pueda darse.

Como docente en Historia ha pasado por casi todos los niveles de educación formal. ¿Qué le aportó la labor docente y la formación de profesores en su carrera como historiador? ¿Qué desafíos implica enseñar Historia a estudiantes de otras carreras como Ciencia Política o Ciencias Económicas?

Ciertamente, miro para atrás desde 1975 y creo que salvo en la escuela primaria enseñé en todos los ámbitos o ciclos de la educación, la estatal y la privada. Yo pretendí enseñar historia, durante más de una década, a los jóvenes que iban a la [Universidad del Trabajo del Uruguay] UTU y estudiaban carpintería, cocina, belleza, mecánica, corte y confección... No es que sea viejo, vieja era esa UTU. De allí saltaba a un colegio de elite en el que los padres le compraban los libros que yo pedía al día siguiente. Terminaba a las 5 de la tarde en un colegio y me iba casi siempre, a veces con Rosario, mi mujer, a la Cinemateca de la sede Asociación Cristiana. Olvidé casi todas las películas, que habrán sido muchas. Y de 8 a 12 de la noche nos íbamos al IPA...

Sin ninguna pretensión ejemplar, desde luego, aprecio mi recorrido sobre un trípode en el que la docencia —por vocación y por necesidad— ha sido fundamental, ha sido para mí un territorio firme, arduo pero firme. Una especie de bajo continuo. Las otras dos piezas, el escritor y el historiador siempre están y han estado sometidas a examen, el propio y el ajeno. El oficio que más me llena, me quita el sueño, es el de la escritura; en el que más me esmero es el de la historia. Son inseparables, por cierto, pero se viven en una tensión que a veces aguza la creatividad. Siempre tuve la duda de haber alcanzado el nivel un *verdadero historiador* en el sentido del habitante radical de archivos; me parece una práctica admirable aunque tal vez por los temas que trabajo *voy al archivo* y no *vivo en el archivo*. Después se aprende que uno también construye su archivo, con lo arbitrario que esto puede sonar. Confieso que me quedé más tranquilo con aquella exageración un poco absurda que repetía Barrán («Pivel es el único historiador vivo que tenemos»), o con aquel comentario que me hizo hace unos años Giovanni Levi, de visita en Uruguay, «Para hacer buena historia no se necesitan muchos documentos...». No es verdad, desde luego, pero es una afirmación desafiante y perturbadora acerca de lo que hacemos y podemos hacer con las huellas del pasado. Siempre pensé que los documentos (no creo que deba decirse *evidencias* tal como se usa el término en ciencias sociales), están mucho más destinados a dar densidad a una afirmación que a determinar una veracidad. Salvo cuando una avalancha de hallazgos de-

bida a un cambio político o de paradigma nos arroja a un nuevo mundo documental y nos obliga a reescribir todo. Sin el *Archivo Artigas* estaríamos todavía con Bartolomé Mitre o Vicente Fidel López.² La Historia de la Guerra Fría de Oxford dirigida por [Melvyn] Leffler y [Odd Arne] Westad (2010) sería impensable sin esa transformación política y archivística, en ese orden.

Desde otro plano y más cerca de la pregunta digo que las situaciones son variadas: hay muchos docentes que no escriben, es grave pero cierto; hay historiadores que no dan clases, cada vez menos pero los hay, que solo tienen que explicar lo que hacen a sus colegas más cercanos. Todos se pierden algo, me parece. La escritura, como la docencia son para mí condiciones de la labor historiográfica. La escritura como disciplinamiento intelectual, como parte del proceso imaginativo y creativo, no como su expresión, la escritura como medida de la maduración lenta de las ideas que tenemos acerca de las cosas, como materia prima elemental en una disciplina argumentativa como la nuestra. La docencia como exigencia de empatía con otros, como demanda de claridad expositiva, de simplificación incluso, la docencia como conversación permanente que descubre allí novedades, la docencia como momento de decantación y traducción de lecturas exigidas por el sentido común que organiza el espacio de una clase, de un curso... En fin, esto es lo que yo pensaba hasta hace unos años, antes de los cambios enormes que percibo en la enseñanza y en el aprendizaje, entre quienes aprenden y enseñan. Confieso que he perdido la fe en cualquier encuentro de aprendizaje que no tenga como centro una conversación entre personas que aceptan el desafío de hacer dialogar el pasado y el presente y la obligación de leer sin pausa.

En 2008 se publicó La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay, 1942-1972, adaptación de su tesis de doctorado por la Universidad Nacional de La Plata. ¿Por qué se interesó en los usos políticos del pasado de los partidos políticos?

Comencé a trabajar en ese tema en 1999, construyendo mi archivo. Tenía bastante clara la idea de que los partidos uruguayos, todos ellos o al menos los que habían alcanzado relativa permanencia habían sido actores fundamentales en las decisiones políticas del país. No los únicos, desde luego, pero sí los más pesados en términos de incidencia, por lo que mueven y orientan. Esto no los colocaba en una vanguardia de tipo alguno (muchas veces los partidos recogen lo que está en la sociedad, lo traducen, lo reelaboran, lo devuelven... hay que entender eso), ni en un conflicto excluyente con otros agentes sociales y políticos. El sistema uruguayo es una construcción trabajosamente pluralista también en el sentido de la variedad de actores y de conflictos que la sociedad acepta y reclama. A partir de esa hipótesis pero sin depender de ella en demasía, yo quise observar el uso político del pasado en un caso como el uruguayo, señalado como el de una política de partidos y de permanencias. Había allí un desplazamiento, desde la historia de los partidos hacia una parte de ella, si se quiere, la de sus retóricas referidas al pasado tanto propio como ajeno. Yo estaba impresionado con el Coloquio de Oslo en 2000, con el encuentro de París en 2001 dirigido por [François] Hartog y [Jacques] Revel (2001), con la ambiciosa obra de Pierre Nora (1992) (gracias a la iniciativa de Pablo Harari hice una selección de su *Les lieux de mémoire* que fue magníficamente traducido por Laura Masello y es todavía primera edición en lengua española) (Rilla, 2009), con las sugerencias del británico [Kenneth O.] Morgan (2001; 2003) acerca del uso político de la Historia de la guerra, entre otros. Y en un tranco más filosófico estaba muy influido por la lectura de Ricoeur (2003) en su estudio sobre historia, memoria y olvido, con Hartog (2003a y 2003b) sobre los regímenes de historicidad y con el gran Hans G. Gadamer (1999), la hermenéutica y la idea de la tradición. Todo esto, cabe decirlo, puede resultar un caldo infame en manos de personas poco preparadas en filosofía como es mi caso. Así que me impuse mucha prudencia.

Estos y tantos otros eran referentes, ni más ni menos, para un trabajo que de todas maneras se jugaba en el terreno de la práctica concreta de la historiografía desde Uruguay y referida a Uruguay: los partidos, su pro-

2 Comisión Nacional «Archivo Artigas», *Archivo Artigas*, 38 tomos, 1950-2017.

ducción discursiva referida al pasado como instrumento retórico, como expresión de un hilo de continuidad real y simbólica.

¿Por qué durante el Uruguay clásico y su posterior crisis?

Denominé *clásico* a ese tramo de la historia entre la restauración del batllismo a comienzos de los años cuarenta y la radicalización política y social de comienzos de los setenta, que terminó en el golpe de Estado. No porque el asunto no pueda ser examinado antes o después, sino porque la forma de articular pasado, presente y futuro cobró entonces perfiles bien delineados y luego fueron llevados a un plano mítico. Me interesaba, además, un aspecto metahistórico: los actores políticos, los partidos en este caso, no se reconocían clara o plenamente en la imagen que yo reconstruía de este asunto. Los partidos son muchas cosas, pero lo que me interesaba y me interesa es su carácter de voceros de una historia, portadores de una narración (vean que evito como puedo usar «relato») que les permitía ofrecerse como comunidad interpretativa de un legado, de una continuidad.

Yo creo que a la altura del fin de siglo XX esto era historia en un sentido bien literal, «cosa del pasado» si se me permite: de las tres grandes identidades políticas uruguayas las dos más antiguas, colorados y blancos, estaban reconfigurando su régimen de historicidad, no se reconocían claramente como continuidad de un legado del que habían sido portadores, mientras que las izquierdas nucleadas en el Frente Amplio estaba culminando su proceso de elaboración tradicionalista que mostraría poco más tarde su notable éxito narrativo. Esto, en mi opinión estaba en la base presentista de mi indagatoria: aunque mi empeño historiográfico fue puesto al servicio del momento clásico de la política uruguaya, fue una investigación realizada cuando las cosas que me interesaban en el presente ya no eran así, ya tenían una historia.

El diálogo entre las memorias y la investigación histórica sigue siendo muy problemático, sobre todo cuando se abordan referentes políticos del siglo XIX y del XX. ¿Encontró dichas dificultades durante su investigación y la difusión del libro?

El libro tuvo una buena y diversa acogida, que me sorprendió bastante entonces. En algunos ámbitos políticos resonó como lo que se proponía, un intento de problematizar la actualidad del pasado y de los pasados. Algunos colegas de la historia se enojaron un poco conmigo cuando antes de la presentación clásicamente académica, entre pares, hicimos una presentación más amplia en la que tuve la oportunidad de escuchar lo que decían los políticos de primera línea de los cuatro partidos de entonces que aceptaron el desafío. Julio M. Sanguinetti, Luis Alberto Lacalle (expresidentes ambos), el senador Enrique Rubio (Mujica no había aceptado concurrir) y el senador Pablo Mieres dieron contenido meditado a una acto intenso y para mí memorable, en el que recogían el desafío de pensar la historia y pensarse en la historia. Aunque el acto tuvo un sesgo de edad y de perfil protagónico todos me demostraron que el pasado era pensado de manera diferente según quien lo narrara, lo que es obvio, y que esa actualidad labrada entre memoria e historia era mucho más honda y compleja que *el poncho, el sobretodo o la clase obrera*.

En los últimos años se habla de que vivimos en una sociedad cada vez más presentista. Sin embargo, ha sido evidente la actualidad del pasado durante las celebraciones del bicentenario y en la reciente campaña electoral, con la apelación a figuras históricas por parte de nuevos partidos políticos. ¿Cómo ve esa articulación entre memoria, tradiciones y los usos de la historia en el actual sistema político uruguayo?

Hoy tengo muchas dudas sobre esto, sobre la vigencia de un modo de ver el pasado en tiempos de posmodernidad. Tony Judt ha escrito *Sobre el olvidado siglo XX*, la aterradora facilidad con la que el mundo contemporáneo se ha desasido de un siglo tan denso en su significación. Salvando distancias, la política uruguaya

es una empresa desasida de su pasado, salvo cuando toma el camino fácil de la efeméride y de la autocomplacencia. El partido Nacional ganó la elección en 2019 dirigiendo una coalición que es una mezcla pesada de tradiciones políticas, pero no estoy seguro de que sus integrantes, los blancos, sean muy conscientes de ello, parece más un olvido que una superación creativa. El Frente Amplio es el batllismo en su vertiente más jacobina estatista, seducido por la idea del *pequeño gran país* del que hablaba Luis Batlle Berres en 1952 y que invocaba Tabaré Vázquez en sus exitosas campañas. Ayer escuché a Mujica hablando por *zoom* con un músico popular portorriqueño: «todo lo bueno empezó en Uruguay con un viejo medio loco, adelantado a su tiempo, en 1910...». Ni una palabra de los blancos ni de Saravia, para los que dicen que es blanco. En fin, es mucho pasado el que se usa en estos procesos discursivos, pero nadie discute sobre eso.

En 2013 publicó junto con Óscar Brando y Gabriel Quirici Nosotros, que nos queremos tanto (Rilla, Brando y Quirici, 2013), una obra donde reflexionan sobre las relaciones históricas entre Uruguay y Argentina, en un contexto de recientes conflictos entre ambos países. ¿Qué los llevó a pensar la necesidad de dicha reflexión? ¿Las respuestas desde la historiografía eran insuficientes?

Con ese libro me desprendí un poco de la escritura netamente historiográfica. Estaba trabajando mucho en los asuntos del revisionismo histórico y de la natural comparación que puede hacerse entre su cultivo en Argentina y en Uruguay. Pero quería darme un espacio aparte para una reflexión más suelta, más ensayística, siendo que tengo un enorme respeto por ese género. Óscar, profesor y crítico literario es un admirado amigo de la juventud, Gabriel es uno de mis jóvenes profesores asistentes en la Universidad. A ellos les formulé una invitación a pensar la peripecia uruguaya, la política, la económica, la cultural, en una clave comparativa con Argentina. No era, desde luego, historia comparada según el modelo de Marc Bloch o el más cercano de Fernando Devoto y Boris Fausto para Argentina y Brasil, sino más bien reflexión sobre el Uruguay puesto ante un espejo esquivo, poco fiel y de todos modos muy potente. El país estaba metido en conflictos serios con el vecino occidental y ello funcionaba, en perspectiva histórica, como un desafío para pensar nuestros pasados, para enfrentar la pregunta de cómo, cuándo y por qué, siendo tan parecidos somos a la vez tan radicalmente diferentes. Hay algunas ventanas a través de las cuales esto se ve mejor y la política es una de ellas. La comparación es un poco absurda en términos analíticos puesto que no hay proporcionalidad alguna, solo son comparables si se aísla el dato del Estado nacional.

Debo decir que la relación con los colegas argentinos siempre me resultó muy estimulante, tienen una gran vitalidad académica. Entre 1982 y 1984, a través de seminarios que organizamos en el CLAEH conocí a gente como Waldo Ansaldi, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero, Leandro Gutiérrez, Aníbal Arcondo, a los colegas del núcleo rosarino Marta Bonaudo, Elida Zonzogni, Ricardo Falcón... y las más jóvenes Agustina Prieto, Marcela Ternavasio, Virginia Persello. Era formidable. Recuerdo que en Rosario escuché por primera vez a Pancho Aricó, a la vuelta de su exilio; dio una conferencia obviamente gramsciana sobre el fascismo). Más tarde, sobre todo mientras vivían Blanca París y Juan Oddone, casi todos los años venía Tulio Halperín a Montevideo, daba una charla torrencial en Humanidades o en el CLAEH y yo hacía un poco de chofer preguntón...

En un contexto global de auge de los discursos nacionalistas, ¿qué tanto se ha dejado atrás los relatos de la «historia nacional» en nuestro país?

Más allá de esta escapada a la Argentina retomo: casi bordea lo incorrecto en ámbitos académicos hablar de «historia nacional», es más o menos parecido a lo de «historia patria» que más allá de un linaje latino porta una simbología romántica y revolucionaria devenida conservadora. Los historiadores del siglo XX fueron ganados por el escepticismo respecto a la nación, a partir de una crítica muy importante de sus supuestos y sobre todo de la indagación en su historicidad, en su aspecto constructivo e imaginario. Dicho esto, tam-

bién hay que hacerse cargo de que la nación está allí, en el mundo vive y lucha contra muchos pronósticos. Nuestro cotejo con los gigantes vecinos Brasil y Argentina, a los que hemos ignorado escrupulosamente como una forma de afirmación nacional desde el silencio, es una oportunidad para conocernos mejor y volver de un modo oblicuo al tema de la nación. En un país como Uruguay el tema de la nación en tiempos globalizados vuelve a ser el tema de la viabilidad que nos asalta cada tanto. ¿Tiene futuro esto? ¿Puede resistir los flujos del capital y del poder global? ¿Se puede ser un sujeto, una voz relevante desde este vacío demográfico que es Uruguay? Mi respuesta es que no, salvo que se afirme en dos o tres cosas importantes, difíciles de afirmar, vinculadas a la convivencia, a las instituciones y su memoria, a la cultura, a la política —otra vez— Y con todo ello, la capacidad de dejar alguna marca que nos haga dignos de atención y respeto que nunca se ganen del todo.

Por otra parte, en 2005 integró el equipo de historiadores encargados de actualizar el programa de Historia Contemporánea para la enseñanza secundaria, ¿por qué parte del sistema político sigue siendo reticente a abordar períodos más recientes de la historia?

Mis colaboraciones a los diseños curriculares de enseñanza secundaria fueron dos, en épocas diferentes. La primera por invitación del presidente del [Consejo Directivo Central] Codicen [de la Administración Nacional de Enseñanza Pública] Germán Rama, pretendió situar a la historia en un conjunto más amplio de las ciencias sociales. Fue una experiencia muy interesante aunque fugaz, una prueba piloto que se ahogó entre los arrebatos decisionistas de Germán y el repudio infantil de los sindicatos docentes. La segunda fue por invitación de Barrán, quien, como vicepresidente del Codicen, promovió la enseñanza de los períodos más recientes de la historia y que mereció críticas y prevenciones desde los ámbitos políticos. En este caso habría que recordar varias cosas. Primero, desde el gobierno, con el apoyo técnico y profesional de historiadores y antropólogos se estaba trabajando intensamente en la recopilación de la información referida a los detenidos desaparecidos; fue una contribución muy importante en mi opinión, una contribución de historia oficial en un sentido habermasiano: poner algo de verdad donde casi nada habría salvo que el gobierno y el Estado hicieran algo por ello. En segundo lugar, a la altura del inicio del siglo XXI había una percepción más o menos documentada de que los jóvenes no conocían el pasado reciente y más aun, que este no les importaba demasiado. Para compensar esa ignorancia había que hablar, dar clase, usar la televisión, convocar a docentes que lo hicieran con conocimiento y sencillez expositiva. Había que animar a los profesores y a los padres para que no evitaran los asuntos del pasado más traumático. Yo grabé tres o cuatro clases sobre el mundo contemporáneo, no sobre el Uruguay, que sirvieron para abrir un ciclo de programas bastante cuidados en su producción y que pasaron pronto al olvido, por supuesto. En tercer lugar, había una parte de este proceso que debíamos pensar mejor: la cuestión, me parece, no era que los jóvenes no supieran quién fue el *Goyo* [Gregorio] Álvarez y de qué tropelías era responsable; en mi opinión, la pregunta más exigente era: ¿por qué razones, a la altura del año 2005, habrían de saberlo, o debían saberlo? No es muy evidente la respuesta y es un buen problema de la cultura política; es claro que los hijos y nietos de frenteamplistas tenían un libreto y una respuesta, a menudo vivencial, muchas veces ajena a los criterios de verdad pero absolutamente funcional. Y fuera de esa cultura dominada por la clase media urbana ilustrada, ¿qué había respecto al conocimiento del pasado reciente? Poco y débil, o más bien, una memoria subterránea, menos coherente, más episódica que histórica.

Y por último, en cuarto lugar, están los debates generados antes y después de aquella iniciativa del Codicen entre los docentes y profesionales de la historia y los políticos, los dirigentes de los partidos históricos. Esos conflictos me parecen imprescindibles y sanos, los historiadores que se dedican al pasado reciente no deben quejarse de los políticos y de sus testimonios, mucho menos deben invocar la condición de científicos del pasado ante los cuales deben rendirse los políticos con humildad... No, acá las jerarquías se disuelven bastante, o se debaten y reconfiguran. Lo mismo digo de los políticos, o de los opinantes de los diarios a su

servicio: aguanten el desafío del conocimiento documentado, acepten razonar con la lógica historiográfica aunque después salgan de ella para volver a la práctica política. Lo peor es el silencio, el monólogo sordo; eso termina en una fractura política de la academia de historiadores (Argentina que da clases de fractura es un ejemplo), en la infantilización de los políticos respecto al pasado, o en enfrentamientos mucho más duros como los que terminan llevando a historiadores a los tribunales, como testigos o como acusados tal como ocurre en Europa.

Yo discutí varias veces y en público con Sanguinetti sobre la salida democrática de 1984, es notorio que no comparto su interpretación del pasado reciente pero no atribuyo a mis opiniones de historiador un estatus privilegiado de verdad en el debate político. En estos asuntos es mejor la zona gris. Mi admiración por Wilson Ferreira no disminuye cuando me concentro en observarlo como estrategia, calculador, erróneo, capaz de arriesgar y perder todo, hasta la salud, cosa que muchos blancos no aceptan. El país se «comió la pastilla» de los tupamaros defensores de la democracia, pero los historiadores podrían dar una buena mano no tanto para desmontar esa fábula sino para dialogar acerca de las razones por las que fue tan entusiastamente aceptada por cientos de miles de personas durante tanto tiempo.

Por último, me parece que no alcanza con la historia para conocer activamente el pasado reciente. La ficción es muy importante: la literaria está más experimentada, ciertamente (me basta con leer *El furgón de los locos* de Carlos Liscano (2001), historia real de ficción, una pequeña obra maestra, para darse cuenta de eso), pero la ficción del cine y de la televisión es mala, tendenciosa, maniquea, infantil. Cuando el cine está bien hecho puede animar buenas conversaciones cotidianas, en la familia, entre los amigos, entre los pares. Eso nos ha faltado.

Actualmente sigue varias líneas de investigación. En una de ellas analiza la corriente revisionista de la historia uruguaya, especialmente la obra de Carlos Real de Azúa, intelectual que ha abordado reiteradamente desde los inicios de su carrera como historiador. ¿Cuáles serían sus principales aportes para pensar la historia política uruguaya?

Estoy trabajando junto a Jaime Yaffé en la dirección de una obra ambiciosa y colectiva, una *Historia de los partidos y movimientos políticos en el Uruguay*. La pandemia retrasó un poco los trabajos que serán publicados en 2021. Es un proyecto asentado en el Instituto de Ciencia Política y abierto a perspectivas diversas, de la historia y la ciencia política, pero también de personas e instituciones que trabajan dichos temas en los más diversos ámbitos académicos. Es una notable experiencia de trabajo, de articulación de esfuerzos, de lectura y corrección minuciosas, de puesta a disposición de la sociedad y de la ciudadanía de un saber acumulado, o de investigaciones que hubo que hacer para esta circunstancia. Jaime ha interpretado muy bien y creativamente el desafío que tengo en la cabeza hace como diez años, hacer una publicación rigurosa con un lenguaje accesible para las personas interesadas en la política y en los asuntos comunes; hacer unos libros que no estén escritos para los colegas, como guiñadas entre nosotros. Es muy claro para mí que en algún sentido resulta más fácil escribir para los colegas, estamos cada vez más profesionalizados, circulamos en una academia que tiene sus reglas específicas y su lenguaje crecientemente estandarizados, con un vínculo directo a los sistemas de validación internacional del conocimiento científico. Las ciencias sociales y las humanidades tienen, en mi opinión, una exigencia adicional por la que deben dar cuenta de sus esfuerzos a las sociedades que son el objeto de su estudio. Como escribió Marta Nussbaum, son estas disciplinas las que nos ayudan a pensar en el otro (Nussbaum, 2001; Bello y Nussbaum, 2001).

En términos más personales, sigo trabajando en una doble perspectiva, la de la historia intelectual de la política y la de la reflexión historiográfica, al fin y al cabo todo ello muy emparentado con los usos del pasado. Creo haber alcanzado una distancia crítica respecto a Carlos Real de Azúa, que siempre me sedujo por su inteligencia, su cultura, su penetración analítica, su heterodoxia militante y su escritura. Será porque ya superé los años que él tuvo de vida, o porque aprendí muchas cosas, será porque me enseñaron a desconfiar de

mis preferencias, tengo ahora una evaluación más serena del Real, más crítica. Hablo del ensayista múltiple pero tenaz en sus vectores, del historiador del patriciado y sus alrededores, del experto en Rodó, del escritor que anticipó el hipertexto, del despiadado crítico del batllismo (Real de Azúa, 2009), del politólogo de la amortiguación, del receloso de la modernidad y por ello no liberal y tampoco marxista... Hay otros Real que aún no conozco bien. En la última década me apliqué a estudiar sus años de formación, los papeles de su caótico archivo, sus escritos furiosos de juventud. Entre 1934 y 1943 el joven Real de Azúa se convierte al catolicismo con un fervor dogmático, abomina el individualismo liberal que ve en Rodó, se compromete con la huella falangista de José Antonio, viaja a España ya hundido secretamente en el desencanto con el franquismo y escribe a la vuelta un libro «maldito», *España de cerca y de lejos*, que es una demoledora requisitoria al totalitarismo desde una perspectiva humanista y democrática (Real de Azúa, 1943). Es mucho para un joven, es mucho, tal vez, para haber ocurrido en tan poco tiempo; sin embargo, lejos de cualquier idealización creo que esa trayectoria es expresiva de una línea intelectual que lo trascendió y que nos aporta muchas claves para entender la experiencia uruguaya desde una perspectiva crítica de la modernidad. Es claro que es una perspectiva que perdió la partida, lo que la vuelve aun más interesante.

A cierta altura de mi trabajo empecé a mascullar una nueva pregunta que superaba la cuestión biográfica o incluso prosopográfica: ¿Real es un caso de encuentro entre la tradición católica y la tradición democrática? A mí no me parece adecuado hablar de *casos* en la historia, pero este es un gran asunto en los años veinte y treinta del siglo pasado, en el mundo llamado occidental. He discutido con algunos amigos católicos, investigadores lo que para mí era un encuentro extraño, la democracia como herejía para una tradición, o más levemente, como un cuerpo doctrinario y pragmático ajeno e incómodo. El espejo argentino está allí otra vez, con sus católicos nacionalistas antiliberales y antidemocráticos y con los católicos cosmopolitas, influidos por Jacques Maritain y el humanismo cristiano pluralista que no podía ir hacia otro lugar que la democracia. Bien, Real de Azúa es un lector atento y conflictuado de Maritain, sus arrebatos y confusiones no le impidieron llegar al puerto de la cuestión democrática en la segunda posguerra, donde esto no era tan claro (Rilla 2018a; 2020).

¿Qué tanto influye su matriz católica que comparte con otros intelectuales que ha abordado como Alberto Methol Ferré?

Las discusiones con algunos intelectuales católicos me han servido mucho para revisar lo hecho y pensar en cómo seguir con esto. Mi conclusión provisoria es que la democracia no está inscrita en la tradición católica pero en modo alguno le era ajena ni contradictoria. Hay que retroceder varios siglos para apreciar este proceso.

Methol Ferré también fue neoconverso, como Real, y lo conocí personalmente en los últimos veinte años de su vida. No era un historiador si por eso entendemos, como entiendo, el apego a los hechos del pasado; tenía el vínculo con los hechos (lo digo así, casi positivista) en la medida que formaran parte de una idea de la historia como camino hacia algún lugar, y hace mucho que un historiador está lejos de ser eso, los comunistas fueron los últimos... Pero yo creo que *El Uruguay como problema* es una obra muy importante de la tradición intelectual uruguaya, de las más importantes, por su percepción aguda y valiente de los límites del Uruguay clásico y del Uruguay internacional (Methol Ferré, 1967/2015). El problema, en mi perspectiva, es que a *Tucho* no le interesaban demasiado las instituciones políticas y tampoco la democracia como aprendizaje, estaba muy lejos de eso, era un peronista puro; buscaba el «hombre providencial». Cuando escribí esto, que luego fue al prólogo de su libro, se lo di a leer y él no modificó una coma...

Sobre mi catolicismo digo esto, muy breve: es mi tradición familiar, contra la que fui y vine muchas veces. No sé muy bien por qué pero yo me salvé, en la juventud y en la izquierda, de la locura de la teología de la liberación. En Uruguay no es fácil llevar una identidad católica o religiosa y en la academia menos; en el mejor

de los casos, con algo de ignorancia se te mira con la conmisericación del que cree haber superado el atraso. También mi fe es un desastre, la Iglesia católica no me gusta ni me aloja del todo (la gente a veces quiere instituciones a medida) y yo voy y vengo con la esperanza cristiana. No recuerdo que se le haya preguntado esto a un historiador, me parece bárbaro aunque no puedo dar una respuesta muy contundente. Sí digo que no creo que haya influido directamente en la elección de estas trayectorias de Real de Azúa y Methol. Me interesan mucho más como marginales, tráfugas, heterodoxos, de camino propio, me interesan sus miradas que suelen perderse en el olvido o en la simplificación.

En un reciente artículo donde reflexiona sobre la responsabilidad de los historiadores propone devolver la complejidad ante reclamos de simplificación (Rilla, 2018b). ¿Cómo se puede emprender dicha labor en un mundo marcado por la instantaneidad, la instrumentalización del conocimiento y la crisis de legitimidad de las instituciones científicas?

Debo la redacción de ese artículo a la incitación de mi amigo Fernando Devoto, a quien considero un sabio referente de la historiografía. El me invitó a un seminario en Buenos Aires donde tuve oportunidad de conocer a los colegas de la revista *Passés Futurs* en la que colaboro, que tiene un pie en Europa (París, Valencia) y otro en América (Buenos Aires). Los argentinos se pelean mucho entre ellos, a fondo, pero son muy generosos con nosotros; a veces se encuentran en nosotros. Aquella instancia y la revista de París me dieron la oportunidad de pensar con algún detenimiento el tema deontológico de nuestra profesión. Como en cualquier caso, creo, no hay posibilidades de pensar en la responsabilidad de un oficio desentendidos de una idea del oficio, o concebir una deontología sin reflexión epistemológica y desde luego normativa. Si nuestra idea de la historia y de la historiografía es la del registro de una regularidad, de una «necesidad», de una operación deductiva, estamos ante una disciplina, un tipo de ciencia y de responsabilidad; si por el contrario nuestro asunto es otro, es el trabajo con huellas que se desvanecen, con hechos que no se repiten, con seres humanos y sociedades del pasado a los que hay que restituir en su complejidad, en su contingencia, entonces estamos ante otra ciencia, y por lo tanto, frente a otro tipo de responsabilidades como profesionales. Ese es un buen punto de reflexión para los científicos, no se pueden desentender de su responsabilidad cívica pero deben remitirla a la naturaleza específica de la disciplina que cultivan. En el caso de la historia, entonces, se trata de la prudencia que se previene contra los riesgos del anacronismo que está en su naturaleza (porque siempre es el presente el que le pregunta al pasado), que se rinde a la comprobación de que los hechos del pasado «siguen ocurriendo» *per se* y por nuestra mirada, que no estamos autorizados al consecuencialismo, al determinismo, ni a confundir secuencia con causalidad.

Esto está referido a la responsabilidad en la investigación, a lo que deberíamos sumar la que corresponde a la difusión del conocimiento histórico. Todas las fronteras de este proceso se han removido y la idea del eterno presente o del presente sin pasado se ha hecho muy vigorosa, mientras las tecnologías de la información y la comunicación llevan el germen de otra cultura, diferente a aquella en la que la historia jugaba un papel bastante claro. Hoy no es tan evidente esa función, está contestada desde diversos ángulos: la historia no tiene el monopolio de la reconstrucción autorizada pasado (si es que lo tuvo alguna vez), compite con otras narraciones verdaderas y falsas, sufre en su vitalidad y función crítica cuando zonas enteras del pasado son patrimonializadas como objetos o dispositivos de consumo. Cualquiera puede hacer cualquier cosa con el pasado, y eso es bueno y malo a la vez. Cuando una cadena global de cine y televisión saca de la pantalla global *Lo que el viento se llevó* viendo en ella, con razón, un contenido discriminatorio y racista, nos está privando del derecho al pasado y de nuestra capacidad para apreciarlo como viene, *tal cual fue* según la expresiva ilusión *rankeana*. No veo ese acto militante *mainstream* como otra cosa que una derrota de la historia, o mejor, como un repliegue de su responsabilidad. Si seguimos por ahí vamos a perder a Otelio y Mozart, por dar ejemplos modestos.

23 de junio de 2020

Referencias bibliográficas

- CAETANO, G. (1992-1993). *La república conservadora (1916-1929)*, 2 tomos. Montevideo: Fin de Siglo.
- y RILLA, J. (1984a). Julio C. Grauert, una promesa truncada. *Hoy es Historia*, 4, 32-40.
- (1984b). El sistema de partidos. Raíces y permanencias. *Cuadernos del CLAEH*, 31, 32-41;
- (1986). *El joven Quijano 1900-1933. Izquierda Nacional y conciencia crítica*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (1987). *Breve Historia de la dictadura (1973-1985)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental-CLAEH.
- (1994). *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al Mercosur*. Montevideo: CLAEH-Fin de Siglo
- (1995). Relaciones interpartidarias y gestión de gobierno en el Uruguay 1942-1973. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 8, 15-33, y
- (2003). Los partidos políticos en el siglo XX. En *El Uruguay del siglo XX: la política* (pp. 15-64). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (2005). *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al siglo XXI*. Montevideo: CLAEH-Fin de Siglo.
- CAETANO, G.; GALLARDO, J. y RILLA, J. (1995). *La izquierda uruguaya: tradición, innovación y política.*, Montevideo: Ediciones Trilce.
- GADAMER, H. G. (1999). *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Sígueme.
- HARTOG, F. (2003a). *El espejo de Heródoto: ensayo sobre la representación del otro*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica y
- (2003b). *Régimes d'historicite - Présentisme et expériences du temps*. París: Seuil-La Librairie de xxème siècle.
- y REVEL, J. (2001). Note de conjuncture historiographique. En: F. HARTOG y J. REVEL (Eds.). *Les usages politiques du passé*. París: EHESS.
- HUIZINGA, J. (1930). *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Revista de Occidente.
- LEFFLER, M. P. y WESTAD, O. A. (Dir.) (2010). *The Cambridge History of the Cold War*, 3 volúmenes. Cambridge: Cambridge University Press.
- LISCANO, C. (2001). *El furgón de los locos*. Montevideo: Planeta.
- MACHADO, C. (1972). *Historia de los orientales*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- MALET, A. e ISAAC, J. (1922). *Los tiempos modernos*. París: Ediciones Españolas Hachette.
- METHOL FERRÉ, A. (1967/2015). *El Uruguay como problema*. Montevideo: Hum, prólogo de José Rilla.
- MORGAN, K. O. (2001). *The History of Britain*. Oxford: Oxford University Press, especialmente caps. 9 y 10.
- (2003). *Great Britain, the United States, France and the two World Wars*. Escuela Doctoral de Rouen, Maison de l'Université.
- NORA, P. (1992). *Les lieux de mémoire*, 3 tomos. París: Gallimard.
- NUSSBAUM, M. (2001a). *El cultivo de la humanidad: una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*. Barcelona: Andrés Bello.
- (2001b). *Sin fines de lucro, Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: Katz.
- PÉREZ ANTÓN, R.; CAETANO, G. y RILLA, J. (1988). La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos. *Cuadernos del CLAEH*, 44, 36-61;
- REAL DE AZÚA, C. (1943). *España de cerca y de lejos*. Montevideo: Impresora LIGU.
- (2009). *El impulso y su freno*, prólogo de José Rilla. Montevideo: Biblioteca Artigas de Clásicos Uruguayos.
- RICOEUR, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- RILLA, J. (1983). Impuestos, Estado y política en Uruguay. La coyuntura de 1916. *Cuadernos del CLAEH*, 26, 25-43.
- (1992). *La mala cara del reformismo: impuestos, Estado y política en el Uruguay, 1903-1916*. Montevideo: Arca.
- (2015). «Abrir bajo otro sol los ojos de mi hijo». Violencia, política e historiografía en Uruguay. *Pasado Abierto*, 2, 218-241.
- (2018a). Real de Azúa y Rodó: lejanías y cercanías. En Ó. BRANDO y J. RILLA. *Carlos Real de Azúa, los años de formación. Escritos inéditos sobre Rodó*. Montevideo: Biblioteca Nacional.
- (2020). Caminos de la herejía democrática, católicos y falangistas en tránsito. *Pasado y Memoria*, (20).

- RILLA, J. (2018b). Usos del pasado, usos de la historia. Prudencia, función, militancia. *Passés Futurs*. [en línea]. Recuperado de <https://www.politika.io/fr/passes-futurs>
- (selección y prólogo) (2009). *Pierre Nora en Les Lieux de Mémoire*. Montevideo-Santiago de Chile: Ediciones Trilce-LOM.
- BRANDO, Ó. y QUIRICI, G. (2013). *Nosotros, que nos queremos tanto: uruguayos y argentinos, voces de una hermandad accidentada*. Montevideo: Debate.
- ZUM FELDE, A. (1919) *Proceso histórico del Uruguay: esquema de una sociología nacional*. Montevideo: M. García.
- (1930). *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*, tomos 1 y 2. Montevideo: Imprenta Nacional Colorada.